

Conversaciones

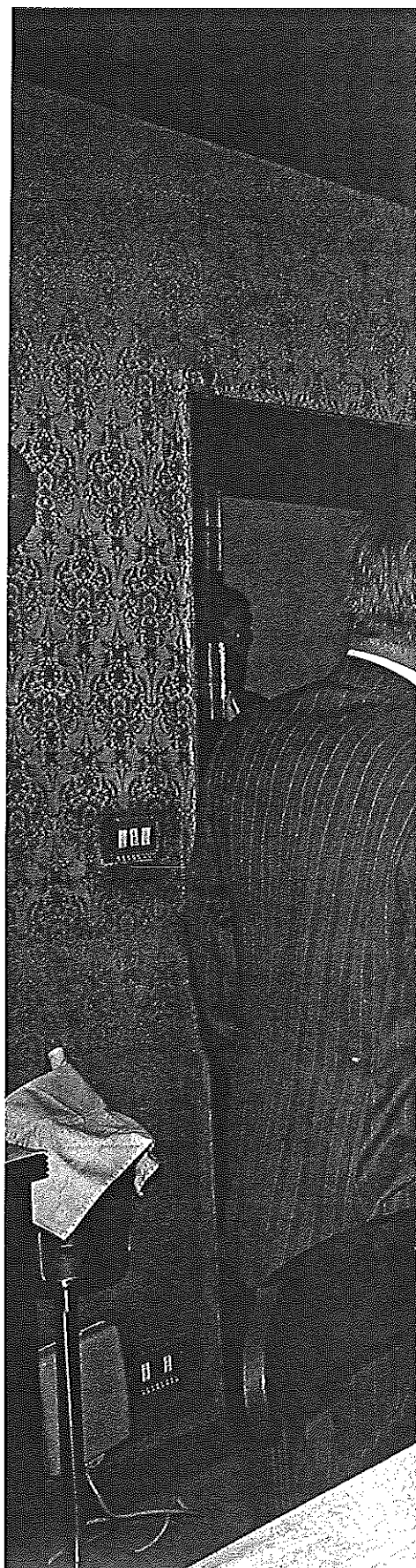
Manuel Fraga:

«ME PRESENTARÉ A LA REELECCIÓN»

diferencia de lo que García Lorca decía en su famoso madrigal dedicado a la ciudad del Apóstol, «non chove en Santiago». Al contrario: luce un sol radiante y retador, de invierno suave, que hace brillar las piedras gloriosas y los verdes melancólicos de la capital gallega, sede oficial de la Xunta, en la que Manuel Fraga Iribarne ha establecido el cuartel general desde el que Galicia se proyecta al mundo con un brío que es consustancial a ese veterano político que tantas cosas ha sido ya en la vida española. El Partido Popular ganó por mayoría absoluta las elecciones autonómicas del 17 de noviembre de 1989 y su candidato a la Presidencia de la Xunta, Fraga Iribarne, pudo decir, al tomar posesión, el 5 de febrero de 1990, que «decididos como estamos a contribuir a una Galicia mejor, sabemos que no habríamos de conseguirlo por las rutas del resentimiento, del odio o de la lucha de clases; ni tampoco por las vías del aislamiento, de la desafección, de la insolidaridad con las demás regiones de España, con los otros pueblos de Europa, con todos los miembros de esa humanidad que anhelante contempla los grandes cambios con que todos nos acercamos al año 2000».

Fraga ha sido fiel a ese propósito. Dos años después de enunciarlo, con una vigorosa actividad como balance, hace un recorrido por ese período y un diagnóstico de la situación en que se encuentra la autonomía gallega, a lo largo de una extensa conversación con NUEVA REVISTA, en un reservado del restaurante Vilas. Se muestra Fraga seguro de sí mismo, como siempre, locuaz y preciso. Ha comido lamprea y merluza, ha picoteado empanada de souvas —«la mejor entre las de pescado», dice— y, en atención al régimen moderado que le mantiene delgado y en buena forma, sólo una filloa de postre, acompañada de oporto comprado por él en Portugal. Como remate, aunque él no fuma, ofrece generosos puros cohibas, regalo de Fidel Castro en un viaje que ha merecido honores de primera página en todos los periódicos. Durante la comida, Galicia —cuyo ambicioso plan de carreteras, por 273.000 millones de pesetas, acaba de ser presentado, y cuyo sistema de financiación, como el de las demás autonomías, se discute estos días con el ministro Solchaga— ha sido una constante permanente de la charla. Con un calificativo del presidente de la Xunta para esta vuelta a casa del emigrante que, como tantos gallegos, Fraga lleva dentro: «definitiva».

De izquierda a derecha:
Juan Pablo de Villanueva,
Antonio Fontán, Manuel
Fraga y Miguel Ángel Go-
zalo

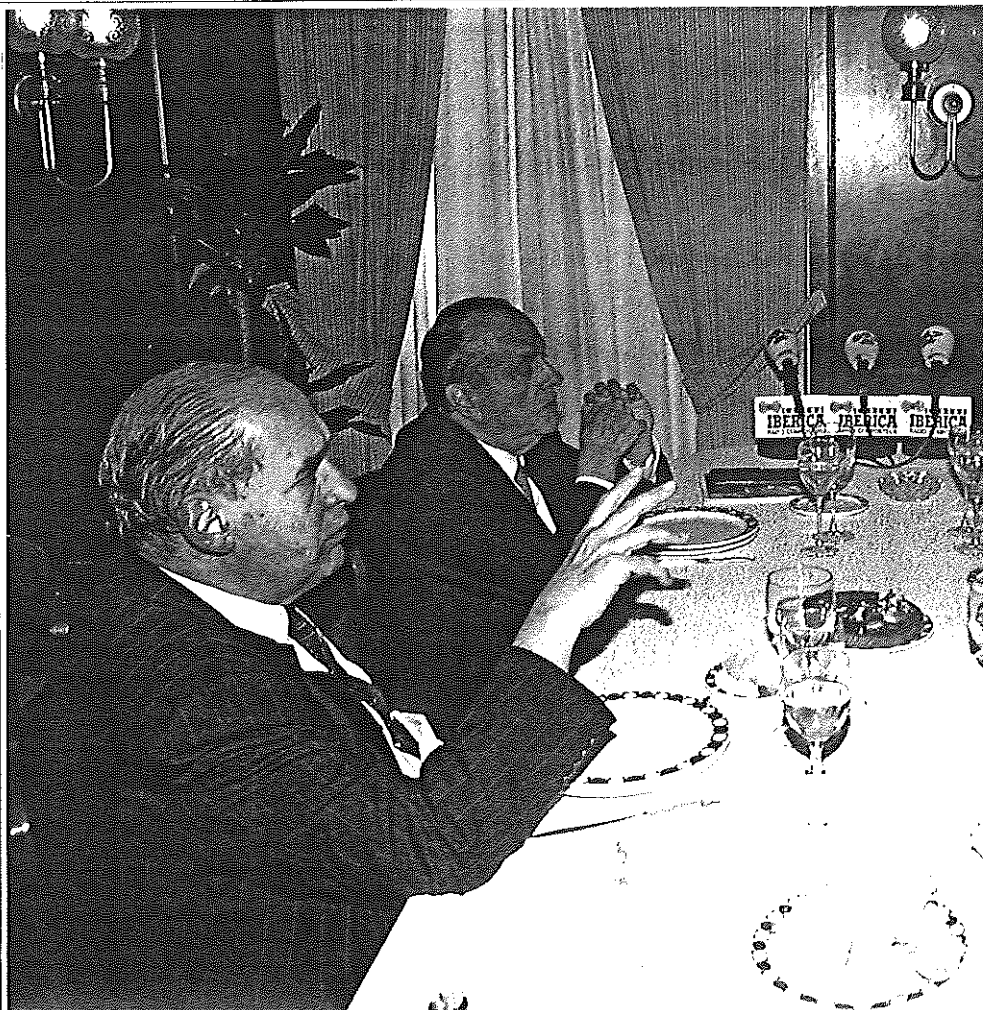


Conversaciones

Antonio Fontán.—Habría que empezar por un resumen del viaje a Cuba.

Miguel Ángel Gozalo.—Sí, porque ha tenido algunos aspectos de controversia. ¿Usted está totalmente satisfecho de cómo ha resultado el viaje?

Manuel Fraga.—Nunca he estado totalmente satisfecho de nada de lo que he hecho; tal como leí hace muchos años, que decía Ricardo Baroja, «todo lo que uno es capaz de hacer vale bien poco». Pero sí creo que lo que tenía que hacer lo hice. Tenía que visitar Cuba como estoy visitando los demás sitios en donde hay gallegos o hijos de gallegos, y yo bien sé lo importante que fue la emigración gallega a Cuba, porque allí estuvieron mis padres, allí nacieron la mayoría de mis hermanos, allí tengo los primeros recuerdos de mi niñez. Y nadie puede olvidar que Cuba, con Argentina, fue el país de mayor importancia para que una Galicia que era realmente tercermundista encontrase los primeros ahorros para salir de su situación, para crear escuelas. Acaba de publicarse un libro importante sobre la labor de las sociedades de gallegos en América, y solamente en un Ayuntamiento, el de Villalba, crearon catorce escuelas y dos asilos. Pensar en los problemas que ahora tienen allí por unas causas políticas o económicas es un tema que al Presidente de Galicia le tiene que preocupar. Y resultaba que Cuba era un capítulo aparte, estaba cerrado, no se iba allí, lo cual agravaba el problema de los gallegos. Desde que llegué a la Presidencia de la Xunta me estuve ocupando de todo eso, de abrir aquellas puertas. Y se abrieron. Pero había un deseo de que yo fuese, y he ido allí, como también he ido a la Argentina, al Uruguay, a todos los países del Caribe, como he ido ahora al Brasil a un importante congreso tras el que se va a crear la Federación de Empresarios en el Exterior, que es lo que ahora son los gallegos: ya no son braceros, son pequeños y grandes empresarios en diversos países. Ese aspecto se ha cubierto ampliamente y espero que dentro de poco los resultados que ya empiezan a verse sean notables, que el Centro Gallego lo recuperen los gallegos, sin perjuicio de que allí se hagan otras actividades culturales cubanas. Las cuarenta y tantas sociedades gallegas (algunas han preparado, como consecuencia de mi viaje, terrenos y locales) pueden mejorar su situación. Pero, además, cuando uno ha estado vinculado de esa manera a un país, tiene obligación de sentir su futuro y su destino, sobre todo cuando hay un pasado español en general. Lo he dicho muchas veces estos días: el Palacio de los Capitanes Generales



Antonio Fontán y Manuel Fraga frente a Miguel Ángel Gozalo y Juan Pablo de Villanueva

ENÍA que visitar Cuba como estoy visitando los demás sitios en donde hay gallegos o hijos de gallegos, y yo bien sé lo importante que fue la emigración gallega a Cuba, porque allí estuvieron mis padres, allí nacieron la mayoría de mis hermanos, allí tengo los primeros recuerdos de mi niñez

no estaría mejor atendido si lo tuviéramos nosotros y estuviéramos allí.

Uno se siente comprometido con el destino de aquel país. Yo no deseo para Cuba el destino, digamos, de Panamá, preferiría el de Chile, pero no es mi obligación resolver aquel problema, y no tengo competencias en política exterior. Pero sé que si algo malo pasa en Cuba, nadie podrá decir que no hice lo que pude modestamente, allí y aquí, por intentar arreglarlo.

A.F.—Presidente, ¿nos puede hacer una especie de esquema o de perfil de la situación actual del Comandante Castro, como le suelen llamar allí, y de su futuro político?

M.F.—El discurso marxista-leninista, para entendernos, o simplemente de socialismo real, como se llama entre comillas por algunos, es, evidentemente, un discurso que a mí no me interesa, respecto al cual mantengo todas las críticas que he hecho a lo largo de mi vida y que, como es natural, son públicas y notorias. Hay otro discurso, en cambio, el discurso nacionalista de defensa de Cuba, de su autonomía, dentro del sistema iberoamericano, sobre todo ahora



que se ha abandonado evidentemente cualquier intento de aventuras respecto a otros gobiernos del Continente, que creo que es un discurso legítimo y que cualquier español tiene que estar en él. Soy de los que creen de verdad en él, no sólo el 12 de octubre. He estado demasiados años yendo y viniendo de esos países, viviendo en ellos, practicando una doctrina de hispanismo consecuente, de creer que el 92 tiene realmente un significado. Quiero decir con este motivo, porque es importante recordarlo, que nunca, nunca habrá en los veinticuatro países iberoamericanos el mismo régimen, la misma ideología. Tiene que haber un sistema que vaya más allá incluso de la doctrina Estrada, que reconozca que todos tienen que hacer relaciones de familia, independientemente de dónde estén, en un punto o en otro. Cuando voy a casa de algún primo mío no le pregunto cómo lleva sus negocios ni lo que vota. Voy a decirle: «¡Qué mujer tan guapa tienes!» o «¡qué sobrinos tan simpáticos!». A lo mejor no lo son tanto, pero engo que decírsele y, además, debo creerlo hasta cierto punto, y en ese sentido, insisto:

las relaciones con Cuba son especialmente relaciones de familia. No en vano hemos estado en el mismo barco hasta el 98.

Ése es mi punto de vista, y en ese terreno tenemos que defendernos juntos. En el otro, como es natural, cuanto pueda hacer para aconsejar en la evolución del tema económico, social y político, sobre todo ahora que, evidentemente, no será posible mantener, vamos a decir su originalidad, dentro del sistema iberoamericano, como consecuencia de la bipolaridad del mundo, que ha terminado en la guerra del Golfo, es algo que no necesito explicar.

A.F.—Yo he conocido a Manuel Fraga desde los campamentos de la milicia universitaria y a través de su vida profesional y política, y me resulta particularmente interesante, y hasta cierto punto humanamente emocionante, el ver esta pasión y esta dedicación a Galicia. Hace un momento nos ha dicho que este retorno era una decisión definitiva. ¿Cuál es el proyecto de Manuel Fraga para Galicia? ¿Qué es Galicia como colectividad y como región autónoma de España? ¿Qué es Galicia dentro del Estado español? Bueno, y a partir de ahí podemos hablar del Estado español y de las autonomías dentro del Estado español...

M.F.—Bueno, esto es mucha pregunta, pero no importa. He de decir que para un gallego el considerarse emigrante —éste es un país de emigrantes: «Pobo d'Israel», le llamó nuestro máximo poeta, Curros Enríquez—, y desear volver es normal. Y no es ningún estereotipo el que un conjunto de razones geográficas, históricas y sentimentales hacen del gallego un personaje que quiere volver, que sueña con ello, y yo soy uno más. Como lo fue mi padre, emigrante en Cuba; como lo fueron mis tíos, emigrantes a Cuba o a Argentina; como lo fue mi abuelo, emigrante a Bilbao... Ese tema, por lo tanto, no necesita ninguna explicación. En todo caso, el gallego sabe muy bien cuándo vuelve: cuando ya ha hecho lo que podía hacer en otros sitios y cuando cree que, si le queda algo de impulso de vida, se lo debe a su pueblo, al que nunca dejó de servir. Así pues, éste es un proyecto que, efectivamente, se mueve en un marco nacional, en un marco europeo y en un marco mundial.

Creo que en este momento Galicia ha votado mayoritariamente, por primera vez mayoritariamente, el proyecto que le hemos presentado. Y que, como es natural, tiene muchos matices, con carácter de propuestas concretas.

Ayer mismo presentábamos un plan de carreteras muy importante; otro día presentaremos un plan en el terreno industrial o

É que si algo malo pasa en Cuba, nadie podrá decir que no hice lo que pude, modestamente, allí y aquí, por intentar arreglarlo

AS relaciones con Cuba son especialmente relaciones de familia. No en vano hemos estado en el mismo barco hasta el 98